



Diez años después de *Amoris laetitia*: *anunciar el Evangelio con las familias de hoy*

Encuentro del Santo Padre León XIV
con los Jefes de las Iglesias Orientales Católicas
y los Presidentes de las Conferencias Episcopales
7-14 de octubre de 2026

[Traducción de trabajo. Original: inglés.]

Los jóvenes y el descubrimiento de la vocación matrimonial

Escuchar a los jóvenes y acompañarlos en el descubrimiento del valor del matrimonio

Viernes, 9 de octubre de 2026

S.E.R. Mons. Stephen Fernandes

Su Santidad el Papa León XIV, Sus Eminencias, Sus Excelencias, queridos hermanos en Cristo,

Agradezco la oportunidad que se me brinda de reflexionar sobre los jóvenes y su descubrimiento de la vocación al matrimonio. Me gustaría comenzar con la convicción de que *los jóvenes no han dejado de tener sed de amor. Lo que para muchos se ha debilitado es la confianza en que el amor pueda perdurar.*

Esta distinción es importante. Si describimos a los jóvenes principalmente en términos de lo que les falta —fe, compromiso, estabilidad o disposición al matrimonio—, corremos el riesgo de no captar lo que en realidad nos están diciendo a través de la forma en que viven y buscan las relaciones. Detrás de muchas de sus vacilaciones se esconden aspiraciones profundas: ser amados y aceptados, sentirse parte de algo, ser tratados con dignidad, encontrar la autenticidad y construir un futuro significativo.

El reto al que se enfrenta la Iglesia, por tanto, no es preguntarse ante todo por qué los jóvenes no logran aceptar el matrimonio, sino más bien qué es lo que buscan cuando hablan de amor, libertad, dignidad y de su futuro, y cómo acompañarlos en el descubrimiento de si su deseo más profundo de amor puede convertirse en una vocación, un don de sí mismos al otro, libre, fiel y duradero.

1. ¿Cómo viven el amor los jóvenes hoy en día?

Los jóvenes viven las relaciones en un contexto cultural muy diferente al de las generaciones anteriores. La comunicación digital ha hecho posible entrar en contacto con mayor facilidad y rapidez. Al mismo tiempo, mantener una relación personal con alguien puede resultar muy exigente. La cultura de la inmediatez y de la elección continua puede influir en su experiencia de intimidad, mientras que el matrimonio requiere paciencia, presencia, perdón y perseverancia.

Sin embargo, esto no debe interpretarse exclusivamente en sentido negativo. De hecho, los jóvenes aportan a las relaciones también un fuerte deseo de autenticidad. Muchos no están dispuestos a aceptar relaciones caracterizadas por el dominio, la manipulación o la desigualdad. Cada vez más, esperan el respeto mutuo y la igualdad de dignidad entre mujeres y hombres. Rechazan, con razón, la violencia y cualquier forma de abuso en el seno de las relaciones.

Esto no supone un obstáculo para presentar la visión cristiana del matrimonio. Al contrario, puede convertirse en un punto de contacto con el Evangelio. El matrimonio cristiano es una alianza de

entrega recíproca. La dignidad de cada persona queda protegida porque el marido y la mujer se acogen mutuamente como personas y como dones, más que como bienes de su propiedad.

En la India, esta dimensión reviste un significado especial. Los jóvenes se enfrentan no solo a una concepción cultural del matrimonio en constante evolución, sino también a las realidades concretas de las castas, la desigualdad económica, la discriminación de género, la migración, las expectativas relacionadas con la dote y, en algunos casos, la violencia contra las mujeres. La visión cristiana del matrimonio no puede separarse de estas realidades vividas. La familia cristiana debe convertirse en un lugar donde se viva concretamente la dignidad, la igualdad, la reconciliación y la no violencia.

Escuchar a los jóvenes exige, por tanto, no solo encontrar nuevas formas de hablar del matrimonio, sino también comprobar si los matrimonios y las familias con los que se encuentran entre nosotros encarnan efectivamente lo que proclamamos: fidelidad, respeto mutuo, perdón, misericordia y perseverancia.

2. ¿Cómo imaginan los jóvenes su propio futuro?

La segunda pregunta se refiere al futuro. A muchos jóvenes de hoy les resulta difícil imaginar una vida personal, relacional y familiar estable y significativa. La inseguridad económica, las dificultades laborales, los costes de la vivienda, la migración, la inestabilidad social y las preocupaciones ecológicas pueden hacer que el futuro parezca incierto.

Para algunos, por tanto, posponer el matrimonio no es simplemente un rechazo al matrimonio en sí mismo. Puede reflejar una crisis de confianza en la posibilidad de construir una vida estable y duradera con otra persona.

Aquí nos encontramos ante una importante cuestión antropológica: *¿qué significa la libertad?*

En la cultura contemporánea, la libertad puede entenderse fácilmente, sobre todo, como la posibilidad de elegir, la libertad de mantener abiertas diversas opciones, de cambiar de rumbo y de evitar compromisos definitivos. La antropología cristiana propone algo más profundo: la libertad alcanza su madurez no solo en la capacidad de elegir, sino también en la capacidad de entregarse.

Una persona se vuelve capaz de establecer una alianza cuando la libertad se entiende no como una huida del compromiso, sino como la capacidad de entregarse libre y responsablemente.

Por eso, la vocación al matrimonio no puede presentarse simplemente como una obligación o una institución social. Debe presentarse como una posibilidad de realización humana: dos personas que eligen libremente pertenecerse el uno al otro, construir una vida en común, acoger a los hijos como un don y perseverar juntos a través de las alegrías, las responsabilidades y las dificultades que conlleva la vida.

Hay también otro aspecto. Muchos jóvenes de hoy en día son profundamente sensibles a las cuestiones de la justicia social, el medio ambiente y el bien común. Estas preocupaciones no deberían considerarse al margen de la vocación al matrimonio. Revelan el deseo de un futuro por el que merezca la pena vivir.

Escuchar esta aspiración debería cambiar la forma en que presentamos el matrimonio cristiano y la familia cristiana: no simplemente como un espacio privado de realización personal, sino como una comunión de personas con responsabilidades hacia la sociedad y la creación. Cuando los jóvenes participan activamente en la defensa de la dignidad humana, en el servicio a los pobres, en el cuidado

de la creación y en el compromiso con el bien común, pueden experimentar que el futuro es algo que pueden ayudar a construir. Esa participación puede reforzar su confianza en que un futuro mejor es posible y en que el matrimonio y la familia pueden desempeñar un papel significativo en ese futuro.

La propia familia puede convertirse en un agente moral del cambio social. Una pareja que aprende la fidelidad, la responsabilidad, la solidaridad, el cuidado de la creación y la atención hacia los más vulnerables ya está contribuyendo a la renovación de la sociedad.

3. Ayudar a los jóvenes a descubrir el matrimonio como vocación

Amoris laetitia nos recuerda que el matrimonio no es simplemente un contrato social, sino una vocación arraigada en el amor. Si este es nuestro punto de partida, la formación debe comenzar mucho antes de la preparación inmediata para el matrimonio.

Se debe guiar a los jóvenes para que comprendan qué es lo que hace posible la alianza matrimonial. Esto significa cultivar las virtudes: la fidelidad, la responsabilidad, la castidad, el perdón, la perseverancia, la generosidad y la apertura a la vida. Significa aprender a comunicarse, a resolver conflictos, a pedir perdón y a perdonar. Significa descubrir que el amor no se nutre solo de emociones, sino de decisiones tomadas repetidamente por el bien del otro.

En lugar de presentar la moral cristiana principalmente en términos de prohibiciones y obligaciones, debemos hablar del amor como un don, de la libertad como entrega de uno mismo, de la sexualidad como capacidad de la persona para amar y entregarse, de la fidelidad como fundamento de la confianza y la estabilidad, y del matrimonio como alianza capaz de dar sentido a la vida.

Es aquí donde se unen la teología moral y el acompañamiento pastoral. Una norma moral identifica el bien; una formación sana ayuda a la persona a adquirir la libertad y las virtudes necesarias para elegir ese bien.

Además, la formación no puede ser una actividad dirigida únicamente a los jóvenes. Debe llevarse a cabo, cada vez más, *junto* a ellos. Las parejas jóvenes casadas pueden dirigirse a sus compañeros de edad con una credibilidad que una institución a veces no es capaz de garantizar, mientras que las parejas de más edad pueden aportar la sabiduría que deriva de una fidelidad vivida y convertirse en mentores y testigos. Su testimonio sobre el perdón, el sacrificio, la oración, la educación de los hijos, los conflictos y la reconciliación puede hacer tangible la belleza y el realismo del matrimonio.

Los jóvenes que están discerniendo el matrimonio deberían ser protagonistas de su propia formación. También los jóvenes que conviven pueden participar, cuando sea oportuno, en la preparación al matrimonio y en el discernimiento. Sus historias, sus preguntas y sus experiencias pueden convertirse en parte integrante de la escucha y el acompañamiento de la Iglesia. Es tarea de toda la comunidad eclesial desarrollar un itinerario catecumenal para la preparación al matrimonio y el acompañamiento.

4. La escucha cambia la forma en que presentamos el matrimonio

Pero antes de que la Iglesia pueda hablar de forma convincente, debe, ante todo, escuchar. La escucha es un acto de discernimiento eclesial: tratamos de comprender las experiencias, las esperanzas y los temores de los jóvenes, para que el Evangelio pueda ser proclamado en el seno de su realidad vivida.

La escucha nos permite distinguir entre el rechazo del matrimonio y el temor a que un amor comprometido para toda la vida ya no sea posible. Esto es especialmente importante en un mundo en

el que los jóvenes pueden haber vivido experiencias de desintegración familiar, separación, violencia, abandono o relaciones fallidas. Su vacilación puede ocultar heridas, además de interrogantes.

Nuestra respuesta debe, por tanto, conjugar verdad y misericordia. No podemos renunciar a la verdad sobre el matrimonio, pero tampoco podemos proclamarla sin entrar en la vida concreta de aquellos a quienes acompañamos.

La credibilidad de la Iglesia dependerá en gran medida de que los jóvenes encuentren entre nosotros precisamente aquellas cualidades que les pedimos: fidelidad, reconciliación, misericordia, respeto mutuo y perseverancia.

5. Acompañar a las parejas que conviven hacia la plenitud del matrimonio

Esto es especialmente importante a la hora de acompañar a las parejas que conviven. Sus situaciones son diversas y debemos evitar tanto la indiferencia como la condena.

La primera tarea es conocer su historia: ¿por qué han elegido vivir juntos? ¿Qué esperan? ¿Qué miedos u obstáculos se interponen en su camino? ¿Qué hay de bueno en su relación? ¿Dónde podemos vislumbrar signos de generosidad, fidelidad, responsabilidad y gracia?

Sin embargo, el acompañamiento también debe implicar un auténtico discernimiento. La pregunta no es simplemente: *¿Cómo podemos ayudar a esta pareja a avanzar hacia el matrimonio?* Sino también: *¿Están estas dos personas verdaderamente llamadas al matrimonio y preparadas para contraer una alianza matrimonial para toda la vida?*

Algunas relaciones de convivencia pueden contener amor auténtico y elementos importantes de compromiso, aunque carezcan de las condiciones necesarias para un pacto matrimonial maduro. El acompañamiento puede, por tanto, conducir a una pareja hacia el matrimonio; pero también puede ayudarla a reconocer que aún no está preparada para asumir tal compromiso.

En ambos casos, la gradualidad nunca debe significar que el bien se convierta en algo relativo. Significa más bien respetar el camino de la persona, sin dejar de señalar la plenitud de la vocación.

A este respecto, la historia de Emaús ofrece un modelo valioso. Jesús se acerca, escucha a los discípulos, se adentra en su experiencia, interpreta su situación a la luz de las Escrituras y los conduce gradualmente hacia el reconocimiento y el encuentro. La Iglesia está llamada a acompañar a los jóvenes de manera similar: acercándose, escuchando profundamente, iluminando su experiencia con el Evangelio y ayudándoles a discernir el siguiente paso fiel.

6. Un único Evangelio, muchos contextos

La vocación al matrimonio cristiano es universal, pero las circunstancias en las que los jóvenes la descubren son profundamente diferentes.

En algunas sociedades, el individualismo, la convivencia y la creciente desconfianza en las instituciones pueden suponer importantes retos. En otras, las expectativas de los padres, las presiones económicas, la migración, las prácticas relacionadas con la dote o las desigualdades sociales pueden influir en la decisión de casarse. En situaciones de guerra, persecución, desplazamiento o pobreza, puede verse amenazada la propia posibilidad de formar una familia estable.

El Evangelio sigue siendo, por tanto, uno solo, pero los caminos pastorales no pueden ser idénticos en todas partes. En la India, por ejemplo, ayudar a los jóvenes a descubrir el matrimonio nos obliga

a hablar al mismo tiempo de la belleza de la alianza y de la dignidad de las mujeres y los hombres, del rechazo a la violencia y al dominio, de la justicia económica, del cuidado de la creación y de la responsabilidad de las familias para con la comunidad en su conjunto.

Esto nos recuerda que la vocación al matrimonio no se refiere únicamente a la felicidad privada de dos personas. Se trata más bien de construir una comunión de personas capaces de generar vida, de servir a la sociedad y de contribuir al bien común.

Conclusión

Quizá la pregunta más profunda que nos planteamos no sea: «¿Por qué los jóvenes rechazan el matrimonio?», sino más bien: «¿Qué nos están diciendo los jóvenes sobre su deseo de amor, sus temores respecto al futuro y su anhelo de un estilo de vida que sea a la vez significativo y fiable?»

Se preguntan si el compromiso puede seguir siendo fuente de libertad, si la fidelidad puede seguir siendo fuente de alegría, si la familia puede seguir siendo un lugar de seguridad y de pertenencia, y si el amor puede realmente perdurar en el tiempo.

Nuestra respuesta debe, por tanto, ir más allá de la mera instrucción. Debe ser testimonio, formación, discernimiento y acompañamiento. Debemos ayudar a los jóvenes a descubrir que el matrimonio cristiano no limita la libertad, sino que la lleva a su plenitud a través de la entrega de sí mismo; que la fidelidad no es una carga, sino el fundamento de la confianza; que la sexualidad no es solo deseo, sino capacidad de entregarse; y que la familia no está encerrada en sí misma, sino que puede convertirse en una escuela de solidaridad, justicia, cuidado de la creación y servicio al bien común.

Sobre todo, los jóvenes necesitan encontrarse con parejas casadas y familias en las que el Evangelio se viva de manera visible. Necesitan testigos que sepan decir, no simplemente: «*El matrimonio es hermoso*», sino: «*Hemos vivido sus dificultades, hemos conocido el fracaso y el perdón, el sacrificio y la alegría, y hemos descubierto que el amor puede perdurar*».

El corazón humano nunca ha dejado de tener sed de amor. Lo que a menudo se ha debilitado es la confianza en que el amor pueda perdurar.

Quizá sea precisamente aquí donde comienza la misión de la Iglesia: no restando importancia a la belleza de la vocación cristiana, sino haciendo creíble esa belleza a través de la vida de quienes han descubierto, con la gracia, que un amor libre y fiel sigue siendo posible.